

butaremos los frutos de la gracia de que hasta ahora le hemos defraudado, amándole muy poco hasta el presente.

Generalmente se dice que tiempo perdido jamás volvió; y aunque esto es verdad cuando el amor se concreta al cumplimiento de la ley, se recupera el tiempo perdido y es como si volviese, cuando se abrazan los consejos evangélicos y se hace más de lo que en rigor hay obligación de hacer. En verdad que es espectáculo bellísimo el ver á un alma que, deseosa de reparar lo que de amor ha perdido, dice: «No quiero contentarme con la ley; necesito amor, y nada será demasiado para el amor de un Dios.» En un día hace más esta alma que otra en toda su vida. Así fué como Santa Magdalena rescató con un acto de amor todo su pasado: «¡Porque ha amado mucho, remitidos le son todos sus pecados!»



CONFERENCIA

TOCANTE Á LA DIRECCIÓN

LA dirección tiene que mirar, no á vuestros pecados, sino á vuestros defectos; por lo cual habréis de inquirir y exponer ante ella vuestros defectos referentes al cuerpo, á la mente, al corazón, á la voluntad; vuestros defectos en el servicio de nuestro Señor.

Defectos del cuerpo son los exteriores, originados del temperamento y carácter de cada uno.—El temperamento solo no constituye un defecto, mas sí sus demasías y sus ímpetus contra la sana razón.—Eres viva. ¿Esto es causa de defecto?—No; pero ¿gen qué cosa os excedéis por vivacidad? Ahí tenéis el objeto de la dirección; ese exceso es el defecto que se trata de corregir.

Recordad fijamente que antes que nada importa corregir el exterior: por consiguiente, poned vuestra alma en vuestro exterior, á fin de ver qué es lo que hay en él que rehacer.

En seguida hay que examinar si el corazón tiene defectos, es decir, si se tienen afectos desarregla-

dos ó antipatías: hay que ver atentamente hacia dónde se siente llevado el corazón; si es que ama con exceso, si busca demasiado á las personas que le son simpáticas: pues esto es natural é imperfecto. — En tal caso no hay pecado; mas no por eso deja de haber una mala raíz, hacia la cual debe tender la dirección, pues no se crea que la dirección es la confesión.

La dirección es la historia de nuestra alma. Por consiguiente, exhibidle todos los movimientos y tentaciones de que es objeto vuestro corazón. Tentaciones de simpatía ó de aversión hacia el prójimo; tentaciones de desaliento, tristeza, abatimiento en cuanto á vosotras mismas; respecto á Dios, tentaciones en la oración, en la adoración, sobre la confianza en Él: esto es lo que se refiere al corazón.

Por lo que atañe á la voluntad, decid el trabajo que halláis en la obediencia; á qué cosas sentís más viva repugnancia; cuáles actos de obediencia os son más dificultosos: las resistencias de la naturaleza os señalan los flacos de vuestra voluntad y los puntos por donde os deslizaréis hasta el pecado formal.

En cuanto á los defectos de la mente, hay que tener en cuenta que son más tenaces que los demás, por lo cual la dirección tiene que perseguirlos con atención y por mucho tiempo, pues mientras que hasta con facilidad se desvía el cuerpo de lo que apetece, valiéndose de la violencia, y con igual prontitud el corazón olvida que amó, cuando se le sustituye un objeto por otro, la mente razona, reflexiona, y no se puede, por lo mismo, retirar de aquello en que se ha fijado.

La mente conduce al hombre, sus sentidos, su corazón y su voluntad, por lo cual si el espíritu de

Dios no le domina, su espíritu es muy malo y con viértese en orgullo satánico y en principio de ruina.

Por lo tanto, hay que escudriñar cuidadosamente cuáles son los defectos de la mente, las ideas fijas y personales que se tienen, y ver si hay algún pensamiento que os turbe é inquiete habitualmente, sobre todo en la oración y adoración.

Se necesita especial vigilancia para no dejarse llevar de ciertos pensamientos que se convierten para el ánimo en una especie de enfermedad, de fiebre. Cuando se deja uno llevar demasiado de una impresión de placer, ó sobre todo de pena, la mente acaba por perder toda clase de tranquilidad; fáltale ya la necesaria paz para orar, y el alma toda enferma, porque ha enfermado la mente.

¡Oh! ¡Con las penas del espíritu habéis de tener mucho cuidado! Tenaz es el cuerpo; mas cuando desde el principio se le vence, es un esclavo; cuando no gusta de Dios, se va hacia la criatura el corazón, porque necesita dilatarse; pero si Dios le es devuelto y se le muestra en su amor, retorna y se adhiere á Él: así es como, vueltas á Dios almas que apasionadamente amaron el placer, abandonan con idéntico ardor el mundo, vuelan hacia la perfección, y se santifican.

Mas no sucede lo mismo en los dominios de la mente; pues cuando un defecto se ha convertido en defecto de ella, es muy difícil dominarlo y desecharlo. Es muy común el dicho de que es incorregible un orgulloso. ¿Por qué? Porque ese defecto reside en la mente; quien lo padece está persuadido de que tiene razón siempre; no se tiene por orgulloso; adora á su pensamiento y es tan impenetrable á la repreñión como á las amonestaciones.

Además de esto, la violencia es impotente contra las penas y faltas de la mente, pues tan sólo consigue conservarlas. Irrítase uno y pónese febril; resuelve enérgicamente no pensar más en aquello, y piénsase en ello cien veces más todavía; aunque se diga: «no quiero que esto me inquiete,» y se desvíe de ello esforzadamente, todo es inútil; la inquietud se duplica. ¿Qué hacer entonces? Tener paciencia y con paciencia luchar.

Así, pues, en la práctica, cuando algo apesara á la mente, hay que ver en seguida si se trata de un pecado ó únicamente de una pena.—Si es un pecado, fácil es echarlo fuera, para lo cual basta confesarlo; mas si fuese una pena ó una tentación, lo que procede es no pensar jamás en ellas voluntariamente; en tales casos el remedio utilizable se encuentra sólo en la paciencia.—Como se quiera violentar la mente, se enfermará, y éste será un mal más grave que el anterior.

En cuanto al resultado, no hay que inquietarse, pues evidente es que cuando no hay voluntad de pecar, no se peca; mas como entonces no se experimenta esta seguridad, esto es lo que origina el sufrimiento.

¿Hay señal alguna por la que se pueda reconocer que un pensamiento constituye una pena de la mente?—Cuando el pensamiento fijo, persistente, no está sencillamente en Dios ó en el deber; es decir, cuando en vez de permanecer uno en su casa se encuentra en las ajenas.

Todos sentimos inclinación á esto y nos hallamos sujetos á esta especie de trabajo, pues el demonio que siempre busca el modo de apoderarse de nuestra mente, aquí encuentra la puerta de la casa.

Es necesario que seáis como niños, libres de preocupación y dueñas de vuestra mente en manos de Dios, todo bondad. Importa que al venir á la adoración, á la Comunión, seáis nuevas; que nada viejo pese sobre vuestro ánimo ni le ocupe, de tal manera que esté preparado para recibir la impresión que á Jesús Sacramentado plazca producirle. Como es de necesidad que la paz reine en la mente, para este objeto habéis de estar sumisas á Dios, decididas á seguir su voluntad, á cumplirla al instante en que se os manifieste; para decirlo de una vez, se necesita que por completo os entreguéis á la divina voluntad: eso es la paz. ¿Quién duda que persistirán las luchas? Pero no os dañarán, porque estaréis asentadas en la paz del deber, en la paz de la gracia y de la ley.

Respecto á la dirección, hay además que estudiar el camino de Dios en vosotras, qué dirección os indica interiormente; por lo cual expone en primer término la calidad de vuestra gracia de recogimiento, qué sacrificios os pide Dios, los llamamientos que hacia la oración sentís.—Notad cuál sea la gracia que os une á Dios y os mueve á practicar su voluntad santísima; pues unas veces atrae Dios valiéndose de una gracia de fuerza, y otras de una gracia de dulzura: su espíritu es activísimo y constantemente solicita al alma atenta; por manera que si no percibís esos movimientos, es porque os halláis fuera de vuestra morada; por lo cual la gracia ha golpeado en vano y pasado adelante.

Teniendo en cuenta estos datos, vuestra dirección será acertada; mas no temáis abriros y mostráros como seáis, porque la timidez en este punto es señal de amor propio.

Ahora escuchad esto: es menester llegar á vivir la vida religiosa espiritual, la vida eucarística: es decir, que se necesita que viváis de Dios mismo, puramente para Dios, por encima de las criaturas todas. **Habituaos** á encontrar en Dios vuestro alimento y sostén, vuestra fuerza y vuestra vida. Os digo que vayáis á nuestro Señor y permanezcáis en Él, y añadiré que la vida religiosa debe tener mucha obediencia y sumisión y mucha humildad, pero no menos libertad é independencia.

Grande es la merced que Jesús Sacramentado me ha concedido, y consiste en no inquietarme sobre si tengo ó no de mi parte los corazones; por lo cual si se llegase alguno á decirme que pensaba en mí allá en su corazón, yo le diría: «¿Con que tan rico eres de corazón? ¿Cómo puede ser que teniendo nada más que un misero corazoncillo, no lo guardes todo entero para Dios, suma bondad? ¡Eso está muy mal hecho!»—Enhorabuena, amad á quienes respecto á vosotras hacen las veces de Dios, y prestadles filial obediencia; pero dejadlos atrás, yendo derechas á apoyaros en Dios mismo.

No quiero decir que retiréis vuestra confianza, pues, al contrario, con toda confianza debéis manifestaros; pero el mismo corazón, el afecto filial, han de ser para Dios solo.

Un alma, esposa de nuestro Señor, debe llegar á vivir de Dios y á guiarse por la mirada de nuestro Señor, el cual se pone en relación con ella, la ama y su amor irradia sobre cuanto le rodea; por eso ella debe ponerse en relación directa y constante con Él.

Los directores están para conducirnos á Dios; son guías á quienes hay que obedecer; mas nada de

vínculos, nada de afición, nada de servidumbre; pues sólo Dios es el fin y en quien debe reposar vuestro corazón con absoluta independencia de toda criatura.

La luna es hermosa, porque refleja los rayos del sol; tórnase blanquísima cuando está vuelta hacia él, y llenándose de sus rayos los envía hasta la tierra; pero, mirad, basta que pase una nube para volverse tenebrosa. De igual manera, vuelta un alma hacia Dios, se llena de los rayos de su gracia y por la caridad los refleja hacia el prójimo; pero es necesario que nada intercepte el influjo que de su foco de luz recibe.

Por consiguiente, no nos demos ni á las criaturas ni á nosotros mismos, sino vivamos de Dios para Dios y estemos siempre á sus órdenes, siempre bajo su mirada de luz y de amor.





DIOS NOS HA CREADO

PARA EL CIELO

Nos ha creado Dios para el cielo y no para la tierra. Nos ha creado para hacernos eternamente felices. La vida temporal no es sino puente y camino que debemos pasar para ir al paraíso.

Cuando el hombre es bautizado, inscribese su nombre en el libro de la vida; tiene un sitio en el cielo, es heredero de la gloria, y adquiere derecho á herencia con Jesucristo y en él.

El paraíso es la posesión de Dios, en lo cual se encuentra el término del amor que Dios nos tiene. El amor aspira á darse y á dar parte de lo que él mismo es y de cuanto posee; por eso Dios, que es el amor infinito, no quiere ser solo en la felicidad, y nos lleva al paraíso para dársenos tal cual es, en todas sus perfecciones, en su eterna felicidad.

No puede Dios dársenos aquí abajo en toda la extensión de su amor, porque nos hallamos en estado de purificación, incapaces de recibirle y contenerle. Para que Dios se dé plenamente, nos hace falta la capacidad de Jesucristo, la cual va formando en nosotros día tras día; pero no será completa y perfecta

sino en el día de nuestra muerte, si morimos en su amor.

Aquí abajo entra Dios en nosotros y se nos da á medida del sitio que le dejamos, pues como le damos más ó menos espacio, Él viene á ocupar lo que queremos, que siempre es menos de lo que Él quisiera; por eso llama de continuo para que le dejen internarse más, como que no está en nosotros plenamente.

Pero en el cielo estaremos en Dios, sumidos en Él, totalmente penetrados de Él, recibéndole con capacidad infinita en cierto modo y sin necesidad de intermediario; verémosle y le amaremos de igual manera que él se ve y se ama, pues entonces se realizará la plena comunicación del amor perfecto.—Aun en la tierra, tienen los Santos ciertos presentimientos de la ternura, de los ardores, de la dicha de aquella unión, y como ven que no pueden disfrutarla todavía, gimen y sufren, como Santa Teresa, que moría porque no moría.

Mas el alma que no vive del amor á Dios sufre de otra manera, pues no es dichosa á causa de que no corresponde con bastante generosidad al amor divino; porque escucha un llamamiento y experimenta una atracción á los cuales no responde; así es que Dios la castiga impidiéndole descansar en la dicha que ella encuentra en la pereza.

Todavía os diré que también el amor divino sufre por no poder entrar, y que la resistencia que se le opone lo violenta. Con los ojos de la fe podríamos ver el amor de Dios solicitando nuestro corazón y suplicándonos dejarle penetrar más adentro, á la vez que nosotros le decimos: «¡Es demasiado; sería menester amar mucho: no entréis!»

¡Cuántas veces es despedido Dios de esta manera! Porque lo cierto es que no puede entrar como nosotros no queramos; y hasta me parece que el demonio, que á su vez se pone á la puerta del corazón, dice con burla á Dios: «Señor, ¿qué hacéis ahí? Esperáis á que os abran; pero es trabajo perdido, porque no gustan de Vos y prefieren á vuestro amor las naderías y vanidades que yo proporciono!» De esta manera el demonio humilla el amor de Dios.

Mas en el paraíso el amor de Dios obra sin obstáculos, estalla con todo su poderío, y el alma está en Dios, como Dios está en el alma. Hay entonces libertad de amor, efusión de amor, y esto constituye el paraíso. Dios da sus bienes, su bondad, sus riquezas, su ternura; cuanto tiene lo da al alma, la cual en Él se deifica y beatifica á la par.

Tal es nuestro fin: llegar á ser con Dios una misma cosa por el amor, la posesión y el goce de una ventura sin límites; vivir en el amor eterno, dichosos por la felicidad de Dios, hermosos por su belleza, disfrutando de la felicidad de María, de todos los elegidos y de los ángeles como si fuese propia nuestra. ¡Oh qué fin tan sublime y fin de amor!

Con voluntad seria y verdadera quiérenos Dios para el paraíso, adonde quisiera que todos y al instante entrásemos; y esta voluntad se hubiera realizado para todos, si Adán no hubiese infringido con su pecado la ley del amor; mas ahora Dios no da el cielo sino á los que se revisten de los méritos de la redención de su divino Hijo.

Por lo que atañe á nosotros, estamos en camino, allá vamos y allá nos dirigimos por senda que Dios mismo ha trazado. El alma que ama á Dios no muere; llega sencillamente al término de su carrera y

desaparecen los obstáculos; lo que hace es mudar de condición; su amor de prueba conviértese en amor de beatitud; su mismo cuerpo va á reposar en la tierra para preparar en ella su renovación gloriosa. Mueren las plantas y los animales, pero no muere el hombre, pues sólo se muda su estado, y ni la tierra guardará el polvo de sus huesos, pues todo habrá de devolverlo para la gloriosa resurrección; y el hombre, en su integridad, resucitará para siempre.

Por consiguiente, el paraíso es el fin que Dios nos ha preparado para que podamos amarle infinitamente, y, por lo tanto, para esto hay que desear el cielo; porque allí, sobre todo, podremos amar á Dios, bondad suma, sin obstáculos, sin límites, sin fin.

Hay grados en los deseos que tienen por objeto el cielo. Dicen unos: quiero ir al cielo, porque allí seré dichoso y se está bien.—Este es el primero y más inferior de los deseos del cielo, pues aunque es legítimo, es propio especialmente de los que sólo viven para sí mismos y nada harían sino por el salario, á modo de jornaleros. Eso es lo legítimo, lo cabal de la ley cristiana; pero ¿dónde se halla el amor, dónde el deseo de ver á Dios, bondad suma?

Otros dicen: quiero ir al paraíso para no ofender más á Dios.—Mejor y más noble deseo es éste, que atiende más á lo que importa á la gloria de Dios; y en este motivo ya hay amor, supuesto que se desea ir al cielo para serle siempre fiel.

Pero hay quienes dicen: quiero ir al paraíso para amar mucho á Dios, infinitamente bueno, verle, alabarle y darle gracias sin fin.—¡Oh! ¿No véis aquí la perfección? Aquí se halla, porque se quiere á Dios, suma bondad, sin otra mira que Él mismo. Encanta oír hablar de este modo, y entonces exclama uno:

He aquí almas que tienen verdadero amor. ¡Qué hermoso es esto! Pero ¿no sería más meritorio, en vez de desear el cielo, pedir la permanencia en la tierra para en ella trabajar y sufrir en la humillación?

Tal era la súplica que en sus transportes de amor hacían algunos Santos; mas yo creo que, considerado este punto en sí mismo, mayor perfección existe en querer ir á Dios para amarle más, pues mientras el uno quiere aumentar todavía su corona, el otro aspira á glorificar á Dios por el amor del cielo, harto más poderoso que el amor de aquí abajo.—Si este desear el cielo para tener más amor no era en sí mismo más perfecto y más glorioso para Dios que el deseo de permanecer en la tierra para seguir trabajando, ¿qué explicación tendrían los ardorosos deseos que generalmente sentían los santos por el cielo, aun en las ocasiones en que más trabajaban por Dios?—Cierto que si hubieran tenido por más perfecto el quedarse aquí abajo, no habrían pedido tanto su unión con Dios; pero es que sabían que se le ama y glorifica más en el cielo.—Así es que San Pablo, al tiempo que convertía á las naciones, pedía la disolución de su propio cuerpo. Por mucha santidad que se tenga, nunca el amor de aquí abajo podrá igualarse al que se tendrá en la patria.

Ahí tenéis un hermoso deseo del cielo; ese es el más perfecto. ¡Suspirad así por el paraíso!

El amor quiere esencialmente la unión; y cuanto más grande es, más perfecta y estrecha quiere que sea esa unión. Si yo amo á Dios, suma bondad, le deseo, y como Él me ama, me desea á su vez, con lo cual esas dos atracciones acaban por quebrantar la vida y el amor entra con todo su poderío y su libertad de expansión en el seno de Dios.

El deseo del cielo es santo; y porque Dios quiere que anhelemos por él muchas veces, ha llenado nuestra vida de sufrimientos, persecuciones y cruces, y no por otra cosa permite la inconstancia de las amistades humanas. No quiere que nos aficione-mos á los bienes ni á persona de este mundo, porque no hemos sido hechos los unos para los otros, sino para Dios únicamente. Un punto sin continuidad, sin longitud, es la dicha de este mundo; por manera que no es posible apegarse á ella por mucho tiempo, no cabe fundarse en ella.

Nos lamentamos de las dificultades del camino, de las cruces que en él se encuentran: pues bien, son la llave del paraíso. La vida es un camino en que abundan las escabrosidades y espinas: pero como nuestro Señor marcha delante de nosotros llevando su cruz, no tenemos más que seguirle. Como ha dejado las huellas de sus pasos, pongamos nuestros pies en ellas, porque si á la derecha ó á la izquierda nos desviásemos, creyendo encontrar la dicha, nos desollaremos con las espinas, porque sabido es que el mismo Salvador ha comparado con las espinas las alegrías de este mundo.

Por consiguiente, seguid á nuestro Señor, que camina al paraíso; tomad vuestra cruz y llevadla hasta el fin animosamente para que entréis en su séquito; no temáis sufrir ni aun morir todos los días por causa del paraíso, pues si os parece difícil este camino, nuestro Señor os asegura que por él se llega más pronto.

No penséis tanto en los trabajos del camino, pues el que su gracia os ha trazado es el bueno; en él os mantiene su misericordia, y por él con seguridad y en derechura iréis al cielo.



EL CIELO NO SE DARA

SINO Á LOS PUROS DE CORAZÓN

Dios, por su amor, nos ha creado para el cielo, que debe ser el objeto de todos nuestros deseos, y verdaderamente nuestro único término. Si estamos en la tierra es para que nos hagamos dignos del cielo; mas éste no se da, sino que se compra, pues aunque es cierto que los pequeños que mueren después de bautizados le reciben sin méritos personales, es porque nuestro Señor paga por ellos; mas los adultos le reciben únicamente á título de justicia: *Coronam justitiæ*. Verdad es que de Dios recibimos los medios de merecer el cielo; pero aun con eso se necesita corresponder á su gracia y emplear con fidelidad estos medios. Los dones que Él nos concede los recompensa en nosotros, si cuidamos de que fructifiquen, y de esta suerte armoniza la bondad de su misericordia con las exigencias de su justicia.

No olvidemos, en cuanto al cielo, que es menester merecerlo, comprarlo y pagarlo; para reunir ese precio es por lo que se nos da el tiempo presente, pues la corona de justicia no se otorga sino á la victoria,